

EL EVANGELIO DEL AMOR (NOVELA)

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649117468

El evangelio del amor (novela) by E. Gómez Carrillo

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.triestepublishing.com

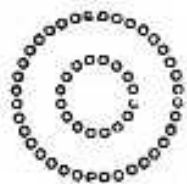
E. GÓMEZ CARRILLO

**EL EVANGELIO DEL
AMOR (NOVELA)**

A decorative border of black floral and vine motifs surrounds the entire page. The border consists of stylized leaves and scrolling vines, creating a frame for the text.

E. GÓMEZ CARRILLO

EL EVANGELIO
DEL AMOR
(NOVELA)



TOMO XXV DE LAS OBRAS COMPLETAS
ADMINISTRACIÓN:
EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

*A Juan Ignacio Luca de Tena,
cardialmente,*

E. Gómez Carrillo.

EL EVANGELIO DEL AMOR

I

Después de permanecer una semana entera arrodillado en un ángulo del locutorio, sin comer ni beber, orando día y noche ante una imagen milagrosa del Pantokrator, el joven solitario fué admitido en la estrecha celda del higúmeno Teodoro, el de las barbas de nieve.

—Te conozco, hijo—murmuró el anciano monje, dirigiéndose al cenobita que así acudía a prosternarse a sus plantas para confiarle el secreto tembloroso de sus tribulaciones.

Y después de observar con afectuosa atención durante largos instantes su rostro moreno y seco, en el cual ardían las dos llamas ambari-

E. GÓMEZ CARRILLO

nas de los ojos, agregó, con voz llena de ternura:

—Eres Teófilo Constantino el tracio..., ¿no es verdad?... Sé que vives en los acantilados de Kapsokaliva, en medio de penitentes venidos de todos los ámbitos del mundo en busca de la Santa Pureza. En nuestro monasterio hay algunos hermanos que fueron compañeros tuyos en la corte de Bizancio, y que, como tú, huyendo de las tentaciones, esperan encontrar en este retiro la paz del espíritu.

En aquella época, en efecto, un recio soplo de misticismo conducía a muchos bizantinos de alta alcurnia hacia las soledades del cenobio o hacia las austeridades del claustro, llevándolos de preferencia a la santa montaña del Athos, donde sólo los frailes y los anacoretas tenían derecho a establecerse. En las grandes congregaciones de la comarca, en Lavra, en Vatope-di, en Ivirón, los superiores enorgullecíanse señalando, entre sus rebaños, numerosas ovejas escapadas de aristocráticos y hasta de príncipes rediles. El recuerdo de que San Atana-

EL EVANGELIO DEL AMOR

sio había edificado una de aquellas fortalezas espirituales por orden del emperador Nicéforo Focas, cuando éste se proponía huir para siempre de las asechanzas del demonio, y de que Estéfano de Serbia había abandonado su trono para ir a morir beatamente bajo los artesonados de Chilandari, daban a todo el pueblo claustral de la península calcídica un abolengo regio.

Pero si el conde Teófilo Constantino había preferido tal retiro a los de Egipto, de Siria o de Mesopotamia, entonces todavía poblados de cabañas místicas, no era por su prestigio, ni menos aún por las riquezas artísticas de sus conventos, sino por ser aquella la única tierra del Universo en la cual jamás una hija de Eva había puesto sus plantas pecadoras. «Salvo la Virgen María, que suele, en las noches de luna, bendecir nuestros esfuerzos, ninguna otra mujer ha contemplado los muros de nuestros conventos», decía el santo cronista de la comarca. Y la ley era tan severa en este punto, que porque cierto día, uno de los anacoretas de Kapsokaliva, enloquecido por los consejos del espíritu malo, había caído en la sacrílega tentación de predicar en la santa Montaña pidiendo que

E . G Ó M E Z C A R R I L L O

se permitiera a las monjas de Palestina fundar un monasterio en el Athos, bajo la advocación de Santa Melania, sus compañeros de penitencia habíanlo lapidado, abandonando luego su cadáver a los chacales del monte, hasta que el piadoso Eleuterio, al enterarse de la tragedia, tomó la misericordiosa iniciativa de hacer enterrar sus despojos en el lugar en que se sepultaba a los legos.

—Háblame, dime tu vida, dime tus congojas—
murmuró el anciano higúmeno poniendo su mano exangüe sobre la cabeza rizada del joven anacoreta.

—Padre, padre, soy el más miserable de los pecadores...

Y con acento exaltado, comenzó a referirle su existencia.

Había nacido en Tracia, en las cercanías de Heraclea, en el seno de una noble y rica familia de estirpe romana. En los tiempos aciagos en que el emperador Juan Dukas peleaba como un leopardo por reconquistar el trono de Bizancio, su abuelo Krisantos, el de los brazos de hie-

EL EVANGELIO DEL AMOR

ro, había obtenido, en feudo hereditario, la más envidiable baronía de las riberas de Agatópolis. De su infancia, transcurrida entre los muros de un inmenso castillo, no conservaba sino el recuerdo de la dura y poética educación a que lo sometiera, desde la edad de diez años, el escudero que, a falta de su madre muerta y de su padre siempre empeñado en lejanas empresas militares, dirigía sus primeros pasos varoniles. Los días pasábalos entre los murallones bajos del patio de armas disparando venablos contra el tronco de algún olivo, cabalgando un potrillo negro, o dando mandobles con una espada minúscula a un muñeco de trapo que colgaba de un patíbulo. Por la noche, después de orar con fervor en la capilla, escuchaba en el atrio de la cocina las historias maravillosas de gentiles capitanes, de damiselas encantadas y de ancianos taumaturgos, que un dulce juglar de luengas melenas rubias refería a los pajes y a los criados. Así transcurrieron dos lustros, al cabo de los cuales, una mañana de primavera, en presencia de todos los castellanos de los contornos, y bajo el patronato del obispo de Tesalónica, su señor padre, que acababa de